

de ella, en toda su pasion y muerte, donde se hallará remedio de todos nuestros males. Si eres soberbio, no hay más eficaz medicina para esta postema que considerar la infinita humildad que el Hijo de Dios mostró en su pasion, sufriendo tan grandes desprecios, para que de esta manera curase la soberbia humana, raiz de todos nuestros males. Tambien la llaga asquerosa y hedionda de la deshonestidad no se cura mejor que con la consideracion de sus azotes; tú estás torpemente deleitando tu carne, y el Señor sufre azotes en la suya, para que tú por amor de él renuncies esos deleites.

Si eres iracundo y bravo, piensa en la mansedumbre con que el Señor del mundo se entregó en su prision, y permitió hacer en sí cuanto quisieron sus enemigos, ofreciéndose á todo como cordero, sin resistencia alguna. Si eres mal sufrido, y no puedes llevar con paciencia una palabra áspera que no sea á tu gusto, considera los falsos testimonios que aquellos divinos oidos de Jesus oyeron. Si te sientes enfermo de pereza y tibieza para los trabajos espirituales, esfuérzate considerando cómo estando aquellos santísimos hombros bien flacos y cruelísimamente lastimados de los azotes, ponen en ellos una

pesada cruz para que tú aprendas á sufrir algun cansancio y trabajo por su divino amor. Si eres enfermo de gula, dado á comer y beber con demasiado gusto, en su pasion hallarás medicina para esa enfermedad, que es la hiel y vinagre que por ti gustó en la cruz. Finalmente, si eres desobediente y contumaz á los preceptos y mandamientos de Dios, considera atentamente, y asienta en lo íntimo de tu corazon aquellas palabras de San Pablo: Jesucristo fué hecho, por amor de nosotros, obediente á su Padre hasta la muerte, y muerte de cruz.

ARTÍCULO V.

Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos.

El quinto artículo es: *Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los muertos.* Este artículo encierra en sí dos verdades. La primera, que Cristo nuestro Redentor, despues de muerto, descendió á los infiernos. Para entender estas palabras se ha de suponer que el infierno es el más bajo y profundo lugar que hay en el mundo, porque es el centro de la

tierra; y por eso la Sagrada Escritura en muchas partes contrapone el cielo al infierno, como el más alto lugar al lugar más ínfimo.

En este profundo de la tierra hay cuatro como profundísimas cavernas: una para los condenados, que es la más profunda de todas; porque cosa muy justa era que los demonios por su soberbia, y los hombres que les han imitado, estén en el lugar más bajo y distante del cielo que se pueda hallar: en la segunda caverna, que es algo más levantada, están las almas que padecen las penas del purgatorio: en la tercera, que está más alta que la segunda, están las almas de los niños que mueren sin bautismo, las cuales no padecen tormentos de fuego, sino solamente la perpétua privación de la felicidad eterna: en la cuarta, que es la más superior de todas, estaban las almas de los Patriarcas, Profetas y otros Santos que murieron antes de la venida de Cristo; porque si bien aquellas almas santas no tenían que pagar, con todo eso no podían entrar en la gloria y bienaventuranza eterna hasta que Cristo Señor nuestro con su muerte y pasión abriese la puerta de la vida eterna; y por eso estaban en aquella parte más alta, llamada el limbo de los Santos, ó por

otro nombre, el seno de Abrahan, donde no padecían pena alguna, antes gozaban de un dulce reposo, esperando la venida del Señor. Y así leemos en el Evangelio, que el alma de aquel santo mendigo Lázaro, fué llevada por los Angeles á reposar en el seno de Abrahan, donde el rico Avariento la vió, porque alzando los ojos desde las llamas del infierno donde estaba ardiendo, vió á Lázaro en lugar más alto, que estaba gozando del fruto de su paciencia.

Pues Cristo nuestro Redentor, despues de su muerte, no hay duda sino que bajó al limbo de los Santos Padres, y luégo los hizo bienaventurados, llevándolos despues consigo al reino de los cielos. Tambien se hizo ver de todas las otras tres partes del infierno, espantando á los demonios como victorioso triunfador, amedrentando á los condenados como Juez Supremo, y consolando las ánimas del purgatorio como su Abogado y Libertador. De manera que bajó Cristo al infierno como suele un rey á veces bajar á las cárceles para visitarlas y perdonar á quien le parece. El modo cómo bajó fué con su alma solamente, no con el cuerpo, que se quedó en el sepulcro; porque si bien la muerte tuvo fuerza para apartar el alma de Cristo de

su cuerpo, mas no pudo apartar el alma ni el cuerpo de la Persona divina del mismo Cristo; porque con el cuerpo estuvo en el sepulcro, y la misma Persona con el alma bajó al limbo. Esto se declara bien con el ejemplo de un caballero cuando desenvaina la espada; aunque aparta la espada de la vaina, no aparta de sí ni la espada ni la vaina. De la misma manera el Verbo Eterno, que unió á sí la humanidad de Cristo, que es cuerpo y alma, aunque se apartó el alma del cuerpo, no se apartaron del Verbo.

La segunda verdad que confesamos en este artículo es la Resurreccion del Señor, y cómo aquella alma santísima de Jesucristo nuestro Redentor al tercero dia, bien de mañana, salió del limbo muy triunfante y vino al sepulcro, y volvió á vestirse de aquel sacratísimo cuerpo que en él estaba, no con las flaquezas y miserias que en esta miserable vida padecen los cuerpos, sino renovado y glorioso, con todas las dotes y perfecciones de los cuerpos bienaventurados.

Dícese que resucitó al tercero dia, porque se verifica muy bien, aunque desde la tarde del viernes, cuando Cristo fué sepultado, hasta la noche del domingo cuando resucitó no hay dos dias enteros; porque

no decimos que Cristo resucitó despues de tres dias enteros, sino que resucitó al tercero; lo cual es certísimo, porque estuvo en el sepulcro el viernes, que es el primer dia, aunque no entero; estuvo tambien todo el sábado, que es el segundo dia; estuvo juntamente el domingo, que es el tercero dia; porque los dias naturales empiezan desde la tarde precedente al anochecer, y de allí adelante se va contando el dia. Y aunque pudiera Cristo resucitar luégo que murió, con todo eso quiso esperar al tercero dia, para que se viese que verdaderamente habia muerto; y por eso estuvo en el sepulcro lo que bastaba para probar esta verdad.

Y es cosa digna de notar, que así como Cristo nuestro Salvador habia vivido entre los hombres treinta y tres ó treinta y cuatro años, así quiso estar entre los muertos á lo menos treinta y tres ó treinta y cuatro horas, que tantas son si se junta una hora del viernes: porque una hora antes de anochecer fué enterrado, veinticuatro horas del sábado y ocho ó nueve del domingo, porque resucitó despues de la media noche en el principio de la aurora, hacen los treinta y tres ó treinta y cuatro.

Convino no dilatarse el resucitar Cristo para el fin del mundo, para confirmar-

nos más en la fe de su divinidad, y en la esperanza de nuestra resurreccion, así corporal como espiritual; porque esta gloriosa mudanza de la carne del Señor, de la muerte á la vida, y de tantas miserias á tantas glorias, es un claro ejemplar y dibujo de nuestra resurreccion, así espiritual en esta vida, como corporal el dia de la resurreccion general. Porque así como su carne, que estaba tan maltratada, con la presencia del alma se volvió tan hermosa y llena de tanta gloria, así nuestra ánima, muerta por el pecado, fea y llena de manchas, por la gracia del Señor, que se nos da en los Sacramentos, resucita á la vida espiritual, hermosa y clara, y restituida á la imágen y semejanza de Dios, en que fué criada. Por eso San Pablo decía, que el Señor fué entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificacion.

Tambien se debe advertir que de Cristo solamente se dice que resucitó, y de los otros muertos, como de Lázaro y del hijo de la viuda, se dice que fueron resucitados, porque Cristo, por ser Hijo de Dios, resucitó por sí mismo, esto es, por virtud de su divinidad tornó á unir su alma al cuerpo, y así comenzó de nuevo á vivir; mas los otros muertos no pueden

volver á vivir por virtud propia, y por eso se dice que han sido resucitados por otros, como todos nosotros el dia del juicio seremos resucitados por Cristo. Hay otra diferencia entre la resurreccion de Cristo y la de otros que antes de él resucitaron, que los otros resucitaron mortales, y por eso murieron otra vez, mas Cristo resucitó inmortal y no puede morir.

Este misterio de la resurreccion de nuestro Salvador, es para confirmar mucho nuestra esperanza, y alentarnos á padecer grandes trabajos por Dios, pues premia tan largamente lo que se hace por él; pues aun no quiere que nuestro cuerpo mortal se quede sin grande gloria. Y pues Cristo siendo Hijo de Dios alcanzó la gloria de la resurreccion por trabajos, humillaciones, desprecios y desamparo de todas las cosas de este mundo, ¿cómo queremos nosotros ser tan privilegiados, que queramos alcanzarla por comodidades, descanso y cumplimiento de nuestros gustos? No es este el camino de la gloria, no nos enseñó esto nuestro Salvador y guia, Cristo Jesus, que fué humillado antes que fuese glorificado, y padeció por la honra del Padre muerte muy amarga y penosa antes que fuese resucitado.

Consideremos que los trabajos de esta

vida, mortificaciones y penitencias con que se aflige el cuerpo, han de tener glorioso fin, y que cuanto más estuviere humillada y mortificada nuestra carne en esta vida, tanto más ensalzada será en la otra con la gloria de la resurreccion. Miramos con cuál vida será razon tengamos cuenta: con esta perecedera, ó con la que ha de ser eterna. Si dieran á escoger á uno dónde queria más ser honrado: en una aldea corta, por solo espacio de una hora; ó en una gran córte por espacio de cien años y de toda su vida, ninguno hay tan fuera de juicio, que escogiera aquella breve y corta gloria, dejando la mayor y que habia de durar siempre. ¿Pues en qué juicio cabe que no busquemos la gloria eterna, y que no la antepongamos á la temporal? Esta vida muy presto se acabará, la eterna ha de durar sin tener fin alguno. Verdaderamente que el mismo amor de la vida, como dijo San Euquerio, nos habia de hacer que despreciásemos esta vida temporal y todos sus bienes, por alcanzar la eterna.

ARTÍCULOS VI Y VII.

Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso: desde allí ha de venir á juzgar los vivos y los muertos.

El sexto artículo del Credo confiesa la subida de Cristo nuestro Señor y Redentor á los cielos, la cual fué cuarenta dias despues de resucitado. La causa de esta tan larga detencion fué, porque quiso Cristo Señor nuestro con muchas y diversas apariciones confirmar el misterio de su resurreccion: porque este es de los más difíciles, y quien le creyere no tendrá mucha dificultad en creer los otros; porque quien resucitó no hay duda que estaba muerto, y quien murió, ántes habia nacido; y así al que cree la resurreccion de Cristo, le será fácil de creer la muerte y el nacimiento; y asimismo porque á los cuerpos gloriosos no les conviene la vivienda de la tierra sino la del cielo, por eso el que cree la resurreccion de Cristo nuestro Salvador, fácilmente podrá creer su subida al cielo.

Dícese que Cristo subió á los cielos, y de su santísima Madre sólo se dice que

fué asumpta ó llevada al cielo; porque Cristo, como era Dios y Hombre, subió por su virtud propia al cielo, como también por su propia virtud resucitó; pero la Madre de Dios que es pura criatura, aunque de mucha mayor excelencia que todas las otras criaturas del mundo, fué resucitada, no por propia virtud, sino por la virtud de Dios, y llevada al reino de los cielos.

Cuando se dice que Cristo está asentado á la diestra de Dios Padre, no se ha de imaginar que el Padre esté á la mano izquierda del Hijo, ni tampoco que el Padre esté en medio y que tenga á la diestra al Hijo, y á la siniestra al Espíritu Santo corporalmente; porque así el Padre como el Hijo en cuanto á su divinidad, y el Espíritu Santo, están en todas partes, y no se puede decir que uno esté á la mano derecha ó izquierda del otro hablando propiamente: y así el estar á la diestra, quiere decir en este artículo, estar en igual alteza, gloria y majestad; porque el que está al lado de otro, no está más alto ni más bajo que él.

Y para darnos á entender la Sagrada Escritura este modo de hablar, en el Salmo que empieza: *Dixit Dominus Domino meo*, una vez, dice, que el Hijo está asen-

tado á la diestra del Padre, y otra vez, dice, que el Padre está á la diestra del Hijo; queriendo significar que están en igual eminencia y majestad, como habemos dicho. De manera, que Cristo cuando subió al cielo, subió sobre todos los coros y órdenes de los ángeles y de las almas santas que llevaba consigo, y llegó al trono altísimo de Dios, y paró allí, no subiendo más arriba que el Padre, ni quedando más bajo, sino poniéndose, por decirlo de esta suerte, al lado del Padre, como igual á él en gloria y en grandeza: porque aunque Cristo en cuanto Hombre es menor que el Padre, mas en cuanto Dios es igual.

Por eso se dice, que Cristo, Dios y Hombre, está sentado á la diestra del Padre, y así su santísima Humanidad, esto es, su carne y su alma, están en el trono divino á la diestra de Dios Padre, no por dignidad propia, sino porque están unidas á la persona del verdadero y natural Hijo de Dios. Esto declara mucho la semejanza de una púrpura real, cuando el rey vestido de ella está sentado en su trono, y todos los príncipes del reino están sentados más abajo que él. En este caso la púrpura está en lugar más eminente que todos aquellos príncipes, porque está en la propia si-

lla del rey, y esto se hace, no porque la púrpura sea de igual dignidad con el rey, sino porque está unida al rey como propio vestido suyo. Pues de esta manera la carne y alma de Cristo, está sentada sobre todos los Querubines y Serafines en la misma silla de Dios, no por dignidad de su naturaleza, mas por estar unida á Dios, no solamente como el vestido al rey, mas mucho más estrechamente, porque es por union personal.

El séptimo artículo es: *Desde allí ha de venir á juzgar los vivos y los muertos.* Esta venida será al fin del mundo, porque este mundo ha de tener fin con un diluvio de fuego, que abrasará todas las cosas que están sobre la tierra, y no habrá más dias ni noches, ni casamientos, ni mercancías, ni otras cosas que ahora vemos; pues en el último dia de este mundo, el cual nadie puede saber si está cerca ó lejos, vendrá Cristo desde el cielo á hacer el juicio universal. Y se deben notar aquellas palabras: *Desde allí ha de venir;* las cuales nos enseñan que no creamos á ninguno que diga ser Cristo, porque nos querrá engañar como hará el Antecristo; porque el Cristo verdadero no vendrá de algun bosque ó lugar incógnito, sino vendrá del cielo con tanta majestad y gloria, que na-

die podrá dudar de si es él ó no; como cuando nace el sol, que viene con tanta luz, que no se puede dudar de si es él ó no. Por los vivos y muertos que ha de juzgar Jesucristo, se pueden entender los buenos que viven vida espiritual de la gracia, y los malos que son muertos espiritualmente por el pecado: pero tambien es verdad que vendrá Cristo á juzgar los vivos y los muertos cuanto al cuerpo; porque en aquel dia muchos habrá ya muertos, y muchos se hallarán vivos, los cuales, aunque lo estarán en aquel último dia, y algunos de ellos serán mozos y otros niños, con todo eso todos en un punto morirán, y luégo volverán á resucitar para que paguen la deuda de la muerte.

Y aunque es verdad que en la muerte de cada uno se hace el juicio particular de aquella alma que entonces sale del cuerpo, con todo eso conviene que despues en el último dia se haga juicio universal, en presencia de todo el mundo. Primeramente por la gloria de Dios, porque viendo muchos á los ricos en prosperidad, y á los buenos afligidos, podian imaginar que no gobierna Dios el mundo bien; y así entonces se verá claramente cómo Dios ha visto y notado todas las cosas, y cómo con gran justicia ha dado á los malos al-

guna prosperidad temporal, para premiarles algunas obras buenas de poco momento, habiendo despues de darles pena eterna por sus pecados. Y por el contrario envia á los buenos alguna afliccion temporal, para castigarles algun pecado venial, por darles materia de paciencia y mérito, por haberlos de enriquecer despues con tesoros de gloria infinita por sus buenas obras.

La segunda causa porque se hará juicio universal, es por la gloria de Cristo; porque habiendo sido injustamente condenado, de muchos no conocido, ni honrado como convenia, era justo que llegase un dia en que todo el mundo le conociese y honrase, por fuerza ó por amor, como á verdadero Rey y Señor del universo. Lo tercero, por la gloria de los Santos, para que, á los que en el mundo han sido perseguidos y maltratados, viesen todos cómo Dios los honraba y glorificaba. Lo cuarto; para confusion de los soberbios y enemigos de Dios. Lo quinto, porque el cuerpo juntamente con el alma tuviese su sentencia de gloria ó de pena. Lo sexto, porque ninguno se atreva á pecar, pensando que no se ha de saber su pecado, y que lo podrá encubrir de modo que no lo entienda su padre ó madre, ó su marido ó mujer, ó su hermano y amigo, ó superior; porque

en aquel dia se han de saber y publicar todos los pecados secretos, con mucha mayor confusion y vergüenza de los condenados, viendo descubiertas todas sus maldades y vilezas.

Allí se han de descubrir todas las traiciones y torpezas, de que ahora te murieras de pena si entendieras que hubiera hombre en el mundo que las supiese; pero en aquel dia las han de saber todos, con mayor claridad é ignominia de los malos, que si las pregonasen á gritos.

Allí se publicarán los hurtos, los adulterios, los homicidios secretos, los malos respetos, de modo que no hay que fiar de que no sabrá nadie el mal que haces; porque el marido sabrá la traicion de la mujer, y la mujer el adulterio de su marido; el amo sabrá el hurto de su criado, y el padre la desobediencia del hijo, y el amigo el mal término de aquél de quien se fiaba, y el confesor el pecado que el penitente calla por vergüenza.

Pues si ahora no se atreviera uno á hacer una cosa torpe y vil, si entendiera que lo habian de saber tres ó cuatro, ¿cómo se atreve á hacerla, pues lo ha de saber todo el mundo? Y despues de hecho el pecado, es mayor el desatino de aquellos que por empacho y vergüenza le callan al con-

confesor, teniendo vergüenza de decirle (para que se le perdone) á un hombre solo, que le ha de callar, y tiene mucha más obligacion de callarle que el mismo que le hizo; porque el confesor no puede descubrir pecado alguno de los que le confiesan, ni por palabra, ni por señas, ni en hechos, ni en dichos, aunque se hubiese de perder todo el mundo; ni al padre, ni á la madre, ni al señor, ni al maestro, ni al juez, ni al Rey, ni á la Inquisicion, ni al Papa. Pues si tanta obligacion tiene de callar el confesor, ¿porqué ha de tener el penitente vergüenza de decirle su pecado para remedio de su alma, y para librarse de aquella ignominia y vergüenza que ha de pasar el dia tremendo del juicio, donde á pesar suyo lo ha de saber, no solo el confesor, sino todos los hombres del mundo?

Tambien deben temer mucho aquella vergüenza del dia del juicio los que juran falso, y traen el sacrosanto nombre de Dios para afirmar lo que es mentira; porque en aquel dia serán descubiertos por perjuros y sacrílegos, quedando llenos de confusion é ignominia viéndose descubiertos y convencidos de mentira. Por lo cual debe el cristiano mirar cómo toma el nombre de Dios en la boca, no jurando con mentira, ni poniéndose á peligro de ella, el cual

peligro corren los que tienen mala costumbre de jurar; la cual se debe procurar quitar con gran cuidado, y mirar cómo se confiesan los juradores; porque deben, fuera de llevar dolor de sus pecados, tener propósito de enmendar su mala costumbre, y poner para ello los medios convenientes, lo cual hacen muy pocas veces.

ARTÍCULOS VIII Y IX.

Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos.

El octavo artículo dice: *Creo en el Espíritu Santo.* Aquí se declara la tercera Persona de la Santísima Trinidad, como en el primer artículo se declaró la primera, y en los otros seis la segunda; porque el Espíritu Santo no es Padre, ni Hijo, mas es una tercera Persona, que procede del Padre y del Hijo, y es verdadero Dios como el Padre y el Hijo; ántes es el mismo Dios, porque tiene la misma divinidad que está en el Padre y en el Hijo.

Esto se declarará alguna cosa con la semejanza de un lago ó laguna que procede de algun rio, el cual nace de alguna fuente; porque estas tres cosas, fuente, rio